

de maniobra del gobierno de Díaz y la resistencia que éste hacía al predominio estadounidense sólo podía adoptar la forma de una tímida identificación con España».¹²

Es por esta causa que México no puede mover con libertad sus cartas frente a la creciente intervención norteamericana en Cuba. La respuesta de la política exterior mexicana es mantener la neutralidad frente a los dos beligerantes; aunque tampoco es servil hacia los Estados Unidos, pues constantemente utiliza el argumento nacionalista para mantener su política independiente.

De la definición de los intereses nacionales a la toma de partido

Las reacciones de la prensa, los debates del Congreso, los discursos de quienes, como Roque Saénz Peña, en aquel pronunciado en el teatro Victoria de Buenos Aires el 2 de mayo de 1898, denunciaban la impostura de la intervención humanitaria de Mc Kinley, son legión. Pero no hay que admirarse de la extraordinaria atención que se dedica a este conflicto en México. Varias condiciones explican este hecho: aún vivía el recuerdo de la guerra contra Estados Unidos en 1847 y los problemas fronterizos entre ambos Estados mantenían abierta la herida; el temor de las élites a la conquista pacífica de México mediante el binomio transferencia de capitales y extensión del evangelio protestante; además de la existencia de una importante colonia española, dueña del comercio al por menor y de publicaciones relevantes.

Mientras el general Díaz se mantiene neutral, las distintas facciones sobre las que gobierna se dividen. Los grupos y los individuos se descubren hispanófilos, simpatizantes de la causa cubana o proyankees. Por ejemplo, es significativo que la embajada española vigile a Justo Sierra como sospechoso de animar la independencia de Cuba, pues había tenido contacto con la comisión de Gonzalo de Quezada, de la Junta de Nueva York, para que México reconociera la beligerancia de los cubanos,¹³ al tiempo que Riva Palacio censura en una carta dirigida a Díaz a un miembro del gabinete que ha publicado un artículo criticando la campaña contrainsurgente del general Martínez Campos.¹⁴

¹² Rafael Rojas, «La política mexicana ante la Guerra de independencia de Cuba (1895-1898)», en *Historia Mexicana*, v. 45, n. 4, p. 784.

¹³ Archivo Histórico de la Embajada de España en México, *Rollo 41, legajo 1, doc. 13. Duque de Arcos al Ministerio de Asuntos Exteriores, 7/09/1897.*

¹⁴ Véase: Cosío Villegas, *op. cit.*, tomo X, p. 510.

Desde mucho tiempo antes de la guerra, en México pocos dudan de que la intervención norteamericana no termine con la anexión de Cuba. Así lo sospecha Matías Romero, el decano del cuerpo diplomático en Washington, así como Justo Sierra. En 1899, recordando su encuentro con José Martí unos años antes, escribe: «[siempre] he creído fatal la absorción de la isla por los Estados Unidos».¹⁵

Cuando se hace inminente la guerra, aparecen en público las expresiones de simpatía hacia los beligerantes, la franca toma de partido que se topa con la neutralidad oficial y oficiosa del régimen de Díaz. Estas expresiones poseen relaciones importantes con otros dos aspectos generales: la relación entre México y los Estados Unidos, la interpretación histórica de la sencilla previsión del difícil destino de ser vecinos, y la construcción de un nuevo discurso nacionalista que cambia la vieja idea criolla de nación, por una visión cada vez más mestiza, así como más crítica de la herencia española.

La guerra llevó a los grupos políticos a reflexionar sobre el lugar que correspondía a México frente al mundo y en su difícil vecindad con los Estados Unidos. Lejos de la autocompasión —expresada en la frase atribuida a Díaz: «pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos»—, los principales grupos mexicanos se lanzaron a buscar el secreto de nuestra debilidad. Las respuestas fueron variadas y se pretendía dar con distintas causas a la vez: la raza, la herencia indígena, la herencia española, el olvido de ésta, la vecindad con los Estados Unidos y aun los vicios de una república construida sobre ideas ajenas al verdadero ser de los naturales. Esta polémica revivió la vieja discusión sobre la identidad nacional.

El componente español de la nacionalidad mexicana era especialmente debatido sobre todo alrededor de figuras clave, como por ejemplo Hernán Cortés. Aunque, desde que Vicente Riva Palacio publicó *México a través de los siglos*, se aceptaba casi como un punto de equilibrio la mezcla de raíces indígenas y españolas como origen del carácter mexicano, durante el régimen de Porfirio Díaz, cuando la idea del progreso y el crecimiento económico es para los mexicanos la promesa del futuro, son los Estados Unidos el más importante motivo para la reflexión sobre el tema de la identidad. Una parte de la élite intelectual «iba a sentirse hechizada por el progreso material en ese país y vería con benevolencia el influjo de Estados Unidos en todos los terrenos.»¹⁶ La otra parte era más cauta: para Justo Sierra, por ejemplo, los Estados Unidos representaban tres peligros diferentes: el legal, el económico y el cultural. Para él, «si México imitaba cie-

¹⁵ Sierra, op. cit., p. 135.

¹⁶ Charles Hale, op. cit., p. 32.

gamente las instituciones y los valores norteamericanos, sacrificaría su integridad cultural». Por esta razón, buscó en el liberalismo conservador de España y Francia una inspiración para México que le permitiera conservar el espíritu cristiano, latino y mestizo de su nacionalidad.¹⁷

En un principio, la guerra originó comentarios que permiten observar prejuicios y fobias. Francisco G. Cosmes, conspicuo hispanófilo y compañero de Sierra en el diario *La Libertad*, creía que esta guerra era tan sólo el enfrentamiento de dos razas, la anglosajona y la latina, que se disputaban la hegemonía sobre el continente americano. Sin embargo, en la guerra también vió una oportunidad de revancha histórica: «Allá muy en el fondo de nuestros corazones de mexicanos, de hijos de los vencidos de Churubusco y del Molino del Rey, palpitaba muy vivo el deseo de que las armas españolas pusiesen un valladar insuperable al coloso anglo-sajón».¹⁸ Sólo el triunfo español daría a México el tiempo necesario para desarrollar sus recursos y convertirse en una nación capaz de defender por sí misma su existencia.

Frente a los éxitos bélicos de este ente político tan contrario a cuanto tenían por admirable estos hispanistas, algunos veían la necesidad de «conservar incólume la herencia española que recibieron con el ser». El mismo Cosmes alertaba sobre el peligro del sajonismo, un peligro que no se circunscribía al aspecto militar, sino que sobre todo era una amenaza a la identidad nacional: el catolicismo, el idioma —en aquellos momentos Rubén Darío se preguntaba «¿tantos millones de hombres hablaremos inglés?»— y todas las tradiciones que hacían de México un país castellano en América. La idea de identidad nacional presente en Cosmes era la de un criollo: «Ahora es cuando deben los pueblos americanos que reconocen un origen latino fomentar y cultivar con más empeño los caracteres de diferenciación propia que constituyen su independencia nacional; y ya que España, vencida, no puede darles el apoyo de sus armas, que al menos busquen, en la conservación de tradiciones ibéricas, el apoyo moral que fortalezca su ser genuino».¹⁹

Del lado de los hispanistas hay que señalar también a Carlos Pereyra, que es el expositor más consistente de la herencia española en América. Para él, Estados Unidos carece del brillo que tiene a ojos de algunos liberales, no encuentra la grandeza de su historia ni motivos de admiración en su cons-

¹⁷ Citado en *Ibid.*, p. 214.

¹⁸ En el prólogo a *Enrique Mendoza y Vizcaino*, Historia de la Guerra Hispano-Americana, México, imp. de A. Barral, 3a. Ed., 1902, p. iv.

¹⁹ *Ibid.*, p. vii.

titución o en sus instituciones. Por el contrario, los define como el imperio absoluto de la plutocracia, con sus instituciones entregadas a políticos profesionales que «dentro de las verbosidades llamadas declaraciones de principios, para engañar a la clientela, no conocen otra norma de acción que las normas de la depredación».²⁰ México, añade, debe buscar la influencia europea para desarrollarse, pues si algo debe a los Estados Unidos es «la segregación de una gran parte de su territorio y los estímulos a la barbarie que han inundado de sangre la porción no conquistada».²¹

En el bando opuesto, la postura antihispanista de Bulnes es, pese a todo, un límite más que una tendencia. Igual que su yanquifilia, más bien superficial, está orientada al intento de comprender las causas particulares del atraso mexicano. Dentro del marco general de su pensamiento, el positivismo, encuentra un estímulo para buscar las reglas sociológicas que hacen de México un caso particular; sus odios y amores nacen más bien del contraste entre las dos naciones a quienes dedica sus pasiones. Igual que Ignacio Ramírez, *el Nigromante*, en respuesta a Emilio Castelar, Bulnes reconoce los méritos de España, pero no se hace ilusiones: «El último pueblo a quien desearían parecerse las demás naciones de la tierra es al pueblo español».²²

El antihispanismo de Bulnes recuerda mucho las posturas del liberalismo *puro*; es decir, de aquellos liberales que hicieron la Guerra de Reforma, que lucharon por la separación de la Iglesia y del Estado y que desbarataron las corporaciones a mediados del siglo XIX. Aunque Bulnes reconocía la influencia civilizadora de España, ya que introdujo en América animales, cultivos y técnicas mineras indispensables para la civilización de un pueblo, también era intransigente con su «obra negra»: la Colonia, dice Bulnes, introdujo «hordas de voraces y lujuriosos frailes», el uso del aguardiente, las Leyes de Indias, la creencia en los milagros y sobre todo, «una religión cargada de odio contra el progreso [y un] patriotismo cargado de odio contra la verdad».²³

²⁰ El mito de Monroe, *Buenos Aires*, Jorge Alvarez Ed., 1969, p. 176.

²¹ *Ibid.*, p. 63.

²² Citado por Carlos Monsiváis, en «La cultura norteamericana en México», *s.p.*, p. 459.

²³ *El porvenir de las naciones hispanoamericanas ante las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos*, México, imprenta de M. Nava, 1899, p. 25.